

no proscrito del trono, hallaría en el castillo de Eu un refugio para su vejez, cuando los correos llegados de la capital destruyeron aquella esperanza. Agobiado bajo el peso de su última desgracia, el infortunado monarca sólo pensó en ponerse en salvo. El 25 de febrero, á la hora en que París despertaba, él huía camino de Normandía, con el objeto de embarcarse para Inglaterra, donde pudo abordar á los pocos días, después de muchas peripecias.

La duquesa de Orleans no había sido más afortunada que su suegro. Conducida fuera de la Cámara en el momento de invadirla los facciosos, buscó un asilo en el Hotel de los Inválidos, asilo apenas seguro, pues el general Molitor, que lo gobernaba, tenía poca confianza en las disposiciones de sus veteranos. A instancias de Odilón Barrot, que había fracasado en su tentativa de reunir la guardia nacional, la princesa salió aquella misma noche de los Inválidos y se refugió en casa de Montesquiou, en el castillo de Bligny, para retirarse luego á Alemania; donde había de encontrar al menos en el seno de su familia y en medio de los recuerdos de su país natal un lenitivo para su viudez y su pérdida grandeza.

Si se añade que el duque de Nemours se veía también reducido á buscar su salvación en el destierro; que el ejército, desmoralizado, se prestaba poco á nuevos combates; que los cuarteles y las armas se hallaban en gran parte en manos de los insurrectos; que las fortalezas habían caído ó iban á caer en posesión del pueblo, se comprenderá que la antigua dinastía no inspirase ningún temor serio á los individuos del gobierno provisional.

Pero, si habían vencido á la monarquía, tenían que luchar contra sus propios amigos, y esto bastaba para justificar sus alarmas.

París, efectivamente, ofrecía el aspecto de los grandes días revolucionarios. Los insurrectos habían devastado las Tullerías y el Palais-Royal en la jornada del 24 de febrero. Por la noche habían sido detenidos los coches correos en la plaza de la Bastilla. Los revolucionarios armados vivaqueaban en las plazas como en un campamento, en torno de grandes fogatas, atentos al menor ruido, como si temiesen que les arrebatasen la victoria. El 25, al amanecer, fueron reconstruidas las barricadas. En varios puntos se hallaba interrumpida la circulación y cerradas las tiendas. El abastecimiento de la capital se veía comprometido. Si á muchos insurrectos les repugnaba el pillaje, otros no pensaban más que en devastar. El Louvre estaba amenazado, y para preservar las Tullerías de una ruina total, fué preciso transformarlas en un hospicio de *Inválidos civiles*. De fuera iban llegando toda suerte de mensajes alarmantes ó siniestros: el castillo real de Neuilly había sido destruido; el pabellón del Raincy, saqueado; el castillo de Suresnes, propiedad de Rothschild, pasto de las llamas. En las cercanías de París, numerosas partidas detenían y saqueaban los trenes. Para colmo de desdicha, la anarquía encontraba en ciertos agentes de la autoridad testigos complacientes y verdaderos cómplices. Caussidiere, personaje activo y astuto, que disimulaba su ambición bajo apariencias de vulgar hombría de bien, se había instalado, como hemos dicho, en la prefectura de policía. Ex presos políticos, ex miembros de sociedades secretas, defensores de barricadas y

algunos guardias nacionales de la 11.^a legión constituyeron una especie de guardia pretoriana de Caussidiere, que fué pronto designada con el nombre de cuerpo de *Montañeses*. El nuevo prefecto, sin relaciones con el Hotel de Ville, parecía más bien su vigilante que su auxiliar; favorable á la insurrección, publicó el 25 por la mañana un manifiesto recomendando al pueblo que no abandonase sus armas, ni sus posiciones ni su actitud revolucionaria. Numerosos combatientes guardaban en uno de los patios de la Casa de la ciudad cañones tomados á la tropa, y otros ocupaban las inmediaciones del Salón de San Juan, donde eran depositados los cadáveres de las víctimas de la insurrección; pero parecían más bien guardias que defensores, y su actitud y lenguaje eran indicio claro de que vacilaban entre la adhesión y la hostilidad.

Encerrados en el edificio, los miembros del gobierno provisional seguían con ansiedad creciente el movimiento de los espíritus, sin saber qué alimento dar á aquel pueblo á la vez embriagado y desconcertado por su inesperada victoria; la indecisión que resultaba de su inexperiencia aumentaba con la indecisión que era la consecuencia de los acontecimientos.

Por esto, en la mañana del 25 de febrero, bajo la influencia de las noticias que recibían de todas partes, procedían al azar, fluctuando entre la resistencia y las concesiones. Con la esperanza de arrancar la juventud parisiense á las peligrosas excitaciones de la plaza pública, acordaron la creación de veinticuatro batallones de guardia móvil y confiaron á uno de los generales más célebres de la guerra de Africa, al general Duvivier, la organización de aquella tropa destinada, contra todo lo que se esperaba, á prestar brillantes servicios. Un manifiesto dirigido al ejército le invitó á reconocer el poder nuevo, garantizándole su existencia y sus prerrogativas. Diéronse órdenes para asegurar el servicio de subsistencias y se multiplicaron las exhortaciones, aconsejando el apaciguamiento al pueblo. Por desgracia, á estas prudentes medidas sucedió inmediatamente la más deplorabile de las debilidades. Un obrero llamado Marche logró penetrar hasta el seno del gobierno y le presentó una instancia pidiendo *el derecho al trabajo*. «El pueblo la quiere inmediatamente, dentro de una hora...» dijo, señalando á la muchedumbre que llenaba la plaza del Hotel de Ville y de la cual pretendía ser delegado. Después de una viva resistencia, el gobierno publicó un decreto «obligándose á garantizar la existencia del obrero por el trabajo y á garantizar el trabajo de todos los ciudadanos...» ¡Fatal decreto que contenía el germen de todas las crisis que iban á seguir!

Mientras tanto, se preparaba una manifestación más alarmante que todas las demás.

Las partidas revolucionarias que la victoria de la víspera no había calmado, y que desde las primeras horas de la mañana sembraban la agitación á través de la capital, se habían concentrado poco á poco hacia el Hotel de Ville, siendo más numerosas y compactas á medida que avanzaba el día. A las tres de la tarde, llenaban completamente la plaza. Muchos manifestantes llevaban una escarapela roja, y, en medio de clamores y cantos, un grito dominaba á los demás: «¡La bandera roja! ¡La bandera roja!» Los más fogosos intentaban penetrar en la Casa de la ciudad.

Desde el salón en que se hallaban reunidos, los miembros del gobierno provisional podían oír la expresión del deseo de la muchedumbre. ¡La bandera roja!, el símbolo de la sangre, la prenda de las proscripciones próximas, el espanto extendiéndose de París á provincias y suscitando una reacción fatal á la República misma. El Consejo delibera, agitado, interrumpido á cada instante por el tumulto exterior. Faltan varios individuos del gobierno: Dupont de l'Eure y Arago, cuyas fuerzas faltan á su avanzada edad, han tenido que retirarse á sus casas; Ledru-Rollin se halla en el ministerio del Interior. Lamartine, Marie, Garnier-Pagès y Luis Blanc se encuentran solos para tomar las resoluciones que el momento exige. Luis Blanc propone á sus colegas que adopten el emblema de unión que el pueblo les ofrece: «A política nueva, símbolo nuevo.» Marie, Garnier-Pagès y Lamartine desechan enérgicamente lo que consideran como la más comprometedora y la más peligrosa de las concesiones.

La irrupción popular pone fin al debate. La muchedumbre invade el edificio. La presencia de los cadáveres que aún le llenan, la emoción que sobrevive á la lucha, la embriaguez de la victoria, las excitaciones de cabecillas frenéticos ó criminales, los rumores de traición propalados de intento, los recuerdos revolucionarios hábilmente evocados, el aspecto mismo de la bandera siniestra que parece llamar á la venganza, todo contribuye á exaltar los ánimos.

Afortunadamente había en el Hotel de Ville un hombre en quien esta escena, lejos de abatir el valor, levantó la firmeza. Al proclamar con tan temeraria audacia un poder nuevo, Lamartine había querido al menos que este poder se mantuviese puro de todo exceso. Su actitud en el salón de San Juan, la noche antes, había demostrado su resolución. Cierta es que en la cuestión del *derecho al trabajo* acababa de ceder á la presión de los revoltosos, pero deseaba borrar aquella pasajera debilidad. Con el rostro impasible, se acercó á los supuestos delegados y, á pesar de sus intimaciones, negóse á una concesión á la vez deshonrosa é impolítica. A las palabras elocuentes de Lamartine, dulcificáronse las voces, desviáronse las armas y cesaron las amenazas. Varias veces renovó la misma tentativa. Rodeado de algunos defensores que le abrían paso, bajaba y subía los peldaños de la escalera, iba de grupo en grupo, de salón en salón, y mediante el prestigio soberano de su palabra subyugaba los espíritus y amortiguaba las iras.

Sin embargo, el peligro sólo estaba conjurado á medias. Si en el interior del palacio se observaban señales de apaciguamiento, en la plaza la muchedumbre rugiente, constantemente alimentada por nuevas columnas, seguía dando los mismos gritos y haciendo temolar los mismos emblemas. Aunque rendido de fatiga, Lamartine hizo un nuevo esfuerzo, demostrando que era tan hábil para calmar las masas como temerario para sublevarlas. Su alma de artista se embriagaba con su elocuencia, como la muchedumbre se embriagaba con sus clamores. Asomóse á una de las ventanas, y, solo, en presencia del inmenso auditorio, intentó una suprema invocación á la concordia y á la paz. Después de un brillante período, saludado con aclamaciones, primera señal del triunfo de la moderación sobre la

cólera, Lamartine siguió diciendo: «Podéis atropellar al gobierno, pidiéndole que cambie la bandera de la nación y el nombre de Francia... ¡De mí os digo que jamás firmará mi mano ese decreto! ¡Rechazaré hasta la muerte esa bandera de sangre, y vosotros debierais repudiarla más que yo!, porque la bandera roja nunca dió más vuelta que la del Campo de Marte, arrastrada por charcos de sangre del pueblo en 1791 y 1793, mientras que la bandera tricolor ha dado la vuelta al mundo con el nombre, la gloria y la libertad de la patria.» Esta elocuencia soberbia, este sublime apóstrofe determina-



Luis Blanc

ron un cambio de actitud en el pueblo. A los murmullos siguieron los aplausos. Las banderas rojas enarboladas en las ventanas desaparecieron poco á poco, y la minoría facciosa se dispersó, vencida por la corriente de entusiasmo que levantó el orador. La manifestación, que tan terrible amenazaba ser, no fué más que ruidosa, y antes de la noche la plaza de Grève quedó casi desierta.

Esta victoria no fué infructuosa; desconcertó, provisionalmente al menos, la causa del desorden que, por la mañana, parecía triunfante. Por la noche empezaron á deshacerse las barricadas. El servicio de correos reanudóse con toda regularidad. Nombráronse delegados para la protección de los trenes y de las residencias reales. Un cuerpo de voluntarios, compuesto principalmente de estudiantes, se instaló en la Casa de la ciudad para defender al gobierno contra todo nuevo ataque. Una resolución hábil y magnánima acababa de marcar el carácter del nuevo poder. Al desechar la bandera roja, había ya roto terminantemente con los hombres de violencia. Para mejor repudiar la siniestra herencia del *Terror*, Lamartine propuso decretar la abolición de la pena de muerte en materia política, proposición que fué unánimemente aceptada.

Otros hombres de Estado expertos y hábiles hubie-

ran continuado sus éxitos. Los miembros del gobierno, como asustados de su propia energía, parecieron no preocuparse sino de hacerse perdonar por medio de alguna complacencia su pasajera firmeza. Publicó sobre todo un decreto que reveló su debilidad. De resultas de los últimos trastornos, muchos trabajadores abandonaban las fábricas ó las obras, y muchos amos cerraban sus establecimientos. Para asegurar la existencia de aquella multitud de desocupados, la misma política improvisora que había decretado, el 25 de febrero, el *Derecho al trabajo*, creó el 26 los *Talleres nacionales*.

La influencia de Luis Blanc aumentaba cada vez más en el Consejo. Apoyado en el obrero Albert, obraba como si fuese representante especial de los intereses de los trabajadores. Borrando su título de *secretario*, había hecho desaparecer una desigualdad que mortificaba su amor propio. Obtenido este primer éxito, reivindicó para sí el *Ministerio del Progreso*, al mismo tiempo que, por una coincidencia bastante oportuna para hacer suponer un concierto premeditado, una columna de varios miles de hombres desembarcó ordenadamente en la plaza de Grève, con estandartes en que figuraban estas inscripciones: *¡Ministerio del Trabajo!*, *¡Organización del trabajo!* De la columna destacóse una comisión que pidió audiencia al gobierno provisional.

Lamartine, asustado de las ambiciones de Luis Blanc, resentido de aquella manifestación que parecía preparada para ejercer presión en las decisiones del Consejo, se pronunció vivamente contra las pretensiones de su colega y encontró en el ministerio una aprobación casi unánime. «¿Qué es eso de la organización del trabajo? ¿Dónde está la utilidad de ese ministerio cuya creación reclaman? Todos los servicios públicos ¿no tienden al progreso? Un ministerio del progreso es tan incomprensible como un ministerio de la rutina. Las cuestiones relativas al trabajo, ¿no se resuelven naturalmente en el ministerio de Obras públicas? ¿A qué añadir un nuevo rodaje al mecanismo ya complicado de nuestra administración?» Luis Blanc se irritó contra este lenguaje, pero en vano repitió que la revolución resultaría estéril si no inauguraba amplias reformas en materia económica y social; los miembros del gobierno no cedieron. Entonces, mortificado por una derrota que le parecía una humillación personal, presentó su dimisión. Mas para evitar que Luis Blanc se convirtiese en el acto en jefe de sedición, el Consejo creó en aquel mismo instante una *Comisión de gobierno para los trabajadores*, nombrando presidente de la misma á Luis Blanc y vicepresidente á Albert. Varios obreros habían de formar parte de esta comisión, que residiría en el palacio del Luxemburgo.

Tales fueron los asaltos que el gobierno provisional sufrió en los primeros días de su existencia: tales fueron los principales decretos que, libremente ó bajo la presión de fuera, discutió y promulgó. Los nuevos dictadores del Hotel de Ville se revelaron desde los primeros momentos con los rasgos que les marcaron más tarde; de mucho valor personal, pero indecisos, desunidos, débiles contra el mal, prontos sobre todo á afirmar, con la ligereza de la inexperiencia, principios funestos. Su resistencia á la bandera roja honra á su valor y salvó quizá su autoridad amenazada en su cuna. Pero el honor de aquella resistencia no debe hacer olvidar las

concesiones de antes y de después. Aquel poder, que no contaba más que cuatro días de existencia, había ya proclamado el *Derecho al trabajo*, decretado los *Talleres nacionales* y creado la *Comisión del Luxemburgo*: ¡otros tantos gérmenes de anarquía y de sedición que pronto habían de dar sus frutos!

III

Pero las consecuencias de aquellas faltas no aparecieron en seguida, y el gobierno provisional encontró en sus comienzos, tanto en el seno de los grandes cuerpos del Estado, como en los partidos y en el país mismo, una buena voluntad casi universal.

El ejército dió el ejemplo de la sumisión. El 24 de febrero, los generales Lamoricière y Bedeau se presentaron en el Hotel de Ville. Los días siguientes, el *Monitor* publicó las adhesiones de los mariscales de Francia y de los generales; entre ellas, llamó sobre todo la atención la del mariscal Bugeaud, quien en una carta muy digna declaró que ponía su espada al servicio del nuevo poder. El Consejo de Estado, el Tribunal de apelación, el Tribunal de cuentas, el Tribunal de apelación, no regatearon tampoco su concurso. Aquellos graves personajes, en su mayoría colmados de bondades por Luis Felipe, se apresuraron á hacer la corte al Gobierno provisional. La República, al abolir el juramento político, había querido quitar todo pretexto á las fidelidades demasiado obstinadas. Los funcionarios de provincias mostraron igual celo en adherirse, y los más hostiles se contentaron con guardar silencio. Argel, durante unos días, fué objeto de alarmas. Estaba allí el duque de Aumale, gobernador general de la colonia, príncipe joven, valiente, amado de las tropas; allí estaba también el príncipe de Joinville, tan popular en la marina como su hermano en el ejército. Causaba viva ansiedad el pensar en las resoluciones que podían inspirarles su ambición, su altivez herida ó su audacia. Pero aquella inquietud duró poco. «Sumisos, como ellos mismos decían, á la voluntad general,» los dos príncipes, después de haber hecho á sus compañeros de armas la más noble despedida, salieron de Argel el 3 de marzo, y tomando voluntariamente el camino del destierro, fueron á reunirse con su padre en el castillo de Claremont.

Mientras los jefes del ejército, los miembros de los grandes cuerpos de Estado y los funcionarios de todo orden enviaban su adhesión al Hotel de Ville, los partidos deponían á su vez sus armas ó su actitud hostil en presencia del gobierno provisional.

El partido religioso, á pesar de la benevolencia de los últimos años, se acordaba, no sin amargura, de las vejaciones á que los ministros del culto católico habían estado expuestos después de la revolución de 1830. Reprochaba además al régimen caído el no haber decretado la libertad de enseñanza. Por esto, desde un principio, su sumisión fué completa y sin reserva. El 24 de febrero, el arzobispo de París, monseñor Affre, dió á los curas de su diócesis la orden de celebrar un servicio fúnebre por las víctimas de la insurrección; el 3 de marzo, publicó una pastoral en que se leían estas líneas: «Jesucristo, al declarar que su reino no es de este mundo, declaró que no mandaba ni proscribía

ninguna forma de gobierno... La Iglesia, heredera de aquel espíritu, vivió bajo el imperio romano, bajo las monarquías y bajo las repúblicas italianas de la Edad media; y vive aún bajo la Confederación suiza y bajo los gobiernos democráticos de la América del Norte ó del Sur. Jamás se ha oído decir que el clero de dichas comarcas haya manifestado la menor oposición á esta última forma de poder... Por todas partes repite á los reyes absolutos como á los presidentes de república las palabras de San Pablo: «Sois los ministros de Dios para el bien de los hombres.» Tres días después, el respetable pontífice, en una visita al Hotel de Ville, aseguró al gobierno el concurso de su clero; y Dupont de l'Eure, órgano de sus colegas, le contestó con estas bellas palabras: «La libertad y la religión son dos hermanas igualmente interesadas en vivir juntas en buena armonía.» El arzobispo de Lyon, monseñor Bonald, publicó declaraciones no menos claras: «Con frecuencia manifestabais, decía á sus cooperadores, el deseo de disfrutar de esa libertad con que son tan dichosos nuestros hermanos de los Estados Unidos. Pues esa libertad la tendréis...» Y atribuyendo de antemano al poder nuevo los sentimientos que le deseaba, el prelado añadía: «La bandera de la República será siempre para la religión una bandera protectora.» Intérprete del papa Pío IX, el nuncio se felicitó «del respeto que el pueblo de París, en medio de tan grandes acontecimientos, había mostrado por la religión.» Desde el púlpito de Nuestra Señora de París, el P. Lacordaire hizo alusión á los obreros que habían transportado respetuosamente á San Roque el Cristo de la capilla de las Tullerías. «Dios habla por voz de los acontecimientos, decía á su vez el periódico *L'Univers*. La revolución de 1848 es una notificación de la Providencia... No habrá republicanos mejores ni más sinceros que los católicos franceses.» Sensibles á tales homenajes, los miembros del Gobierno provisional no desperdiciaban ocasión de afirmar su respeto por las ideas religiosas. La opinión pública se asociaba á aquellas demostraciones; muchos guardias nacionales se presentaron en el arzobispado para hacer bendecir sus banderas; los heridos de Febrero recogidos en las Tullerías pidieron que se celebrase misa en el salón del Trono; el arzobispo, visitando los hospitales, recibía en todas partes las muestras de veneración más conmovedoras (1). Contentas de aquella reacción, las almas religiosas se entregaban con delicias á aquella popularidad inesperada y abrigaban otra vez la ilusión tantas veces fallida de una alianza fecunda entre el cristianismo y la democracia.

En cuanto á los amigos de Enrique V, la revolución de Febrero había despertado de pronto sus esperanzas adormecidas. Pensaban que la fortuna, en medio de las complicaciones que no podían dejar de surgir, proporcionaría sin duda al nieto de Carlos X alguna probabilidad de restauración; y el gobierno del Hotel de Ville, esencialmente *provisional*, era el más á propósito para ocupar el puesto ínterin llegaba la hora deseada. Apoyar este gobierno ó no crearle obstáculos, al menos por el momento, tal fué la consigna que los señores Berryer, La Rochejaquelein y Falloux comunicaron en torno de

ellos. Aparte de estas miras políticas, el partido legitimista obedecía á una inspiración más alta. Estando amenazados los fundamentos de la sociedad, le hubiera repugnado atacar la única autoridad que quedaba en pie. En tales disposiciones de ánimo aceptó, como el partido religioso, el nuevo régimen.

Hasta los amigos de la realeza de Julio estaban menos desesperanzados de lo que se hubiera creído. Solo los más comprometidos guardaban silencio ó procuraban no llamar la atención.

Pero todos los que habían hecho alguna concesión al partido liberal se apresuraban á declarar que no desertarían la vida pública, ni se refugiarían en la abstención; que no imitarían á los emigrados de 1792, ni á los *carlistas* de 1830; que manteniéndose en una decorosa reserva, sostendrían lealmente al poder mientras él defendiese el orden y las leyes. Fuese por patriotismo, fuese por ambición, no se cansaban de repetir esta profesión de fe. Y los hubo que, llevando aún más alegremente el duelo de la monarquía caída, daban á entender claramente que la República, por poco razonable que fuese, les contaría en el número de sus servidores tan pronto como lo permitiesen las conveniencias.

Finalmente, las masas, que no pertenecían á ningún partido y sólo pedían trabajo y paz, estaban dispuestas á aceptar estos bienes de cualquier mano que vinieran. Habían experimentado en pocos días dos impresiones sucesivas. De pronto, la proclamación de la República les había llenado de temores; luego, la actitud del gobierno, sus esfuerzos por combatir á la anarquía, sus reiteradas promesas de respetar vidas y haciendas, la abolición de la pena de muerte en materia política, solemne desautorización de los crímenes del *Terror*, y sobre todo la influencia dominante de Lamartine, les había tranquilizado. Sucedióles entonces lo que sucede á menudo: habiendo temido un gobierno detestable, estaban encantados de que el gobierno fuese, no bueno, sino soportable. Esto recuerda al campesino de Virgilio que se creía obligado á llamar á Augusto un dios, porque Augusto no le había robado su tierra cerca de Mantua. Las masas, en Francia, obedecieron á un sentimiento parecido, y fueron tanto menos exigentes cuanto más asustadas habían estado al principio. De ahí una especie de benevolencia general que facilitaba la tarea del poder. Y esta benevolencia era entonces tan unánime que los antiguos republicanos, *los republicanos de la víspera*, estaban algo celosos, como si hubiesen temido que la República, viniendo á ser el gobierno de todo el mundo, escapase á su exclusiva dirección.

El gobierno del Hotel de Ville, aceptado por el país, parecía haber de ser igualmente reconocido por Europa. Sin duda, en el extranjero como en el interior, el establecimiento de la República había alarmado al principio; se temía el contagio del desorden ó una guerra revolucionaria. Pero el nombre de Lamartine, garantía de moderación á los ojos de las provincias, pareció también, allende las fronteras, una garantía de prudencia y de paz. Hombre de antigua estirpe y de alta ilustración, había recibido, como queda dicho, la dirección de los Negocios extranjeros. Ningún personaje era tan á propósito como él para calmar las desconfianzas.

(1) Véase el *Monitor* de marzo de 1848.

El 2 de marzo, dirigiéndose al cuerpo diplomático, le notificó el advenimiento del nuevo régimen en términos que merecen ser reproducidos:

«Señor:

»Tengo el honor de informaros que el gobierno provisional de la República francesa me ha confiado la cartera de Negocios extranjeros.

»La forma republicana del nuevo gobierno no ha cambiado ni el puesto de Francia en Europa, ni sus disposiciones leales y sinceras en mantener sus relaciones de buena armonía con las potencias que quieran, como ella, la independencia de las naciones y la paz del mundo.

»Tendré una gran satisfacción, señor, en concurrir por todos los medios que estén á mi alcance á ese acuerdo de los pueblos en su dignidad recíproca y en recordar á Europa que el principio de paz y el principio de libertad nacieron el mismo día en Francia...

»LAMARTINE.»

Dos días después, Lamartine, no contento con esta carta tan sencilla y tan digna, añadió, con el título de *Circular á los agentes de la República Francesa*, un solemne y orgulloso manifiesto, más parecido á un discurso académico que á un documento de cancillería. Este manifiesto, que mantenía la balanza en equilibrio entre la política de paz y la política guerrera, afirmaba, entre otras cosas, con soberana imprudencia, que los tratados de 1815, respetados de hecho, no existían ya de derecho. Afortunadamente, este lenguaje fué interpretado en el extranjero más bien como una satisfacción dada al amor propio nacional que como una provocación belicosa. Lamartine, en sus conversaciones con los embajadores presentes en París, no perdonó medio de acreditar esta opinión (1), de modo que este incidente no tuvo las consecuencias que eran de temer. El 28 de febrero, lord John Russell había declarado en la Cámara de los comunes que el gabinete británico no se mezclaría para nada en los asuntos interiores de Francia. Respecto á las tres grandes potencias continentales, su actitud era más bien reservada que amenazadora. Además, fuesen cuales fuesen sus disposiciones, las insurrecciones que iban á estallar en Berlín y Viena habían de paralizar las fuerzas de Prusia y de Austria; y Rusia, única libre en su acción, nada podía hacer sin el concurso de sus aliadas.

La segunda república, en sus comienzos, tenía, pues, la fortuna de ver en el interior todos los partidos conciliados con ella, y en el exterior, la paz casi asegurada.

Merced á tan propicias circunstancias, París ofreció durante algunos días un espectáculo extraño, propio para despertar la sorpresa y la curiosidad. Este mismo pueblo, envejecido en la monarquía, se esforzó en persuadirse que era republicano y acabó por conseguirlo. Hubo un momento (momento, en verdad, muy fugaz) en que los hombres de todos los partidos hablaban el mismo lenguaje y hacían alarde de sacrificar sus preferencias al interés general; época singular, repetimos, época de candidas ilusiones, de confiante entu-

(1) Lord Normandy, *Une année de révolution à Paris*, tomo I, págs. 192-194.

siasmo, de generosidad sincera ó calculada. Abríanse clubs en todos los barrios de la capital: tinglados, picaderos, almacenes desocupados, salones de baile ó de concierto, todos los locales disponibles se transformaban cada noche en reunión pública; constituíase una mesa, se determinaba un orden del día: desde una tribuna precipitadamente levantada, improvisados oradores hablaban de todo á propósito de cualquier cosa; y estas asambleas, que pronto habían de crear un gran peligro para el orden social, excitaban entonces más curiosidad que miedo. Los muros se cubrían de carteles de todos colores: en estos carteles de un estilo extraño y, con frecuencia, de una ortografía tan extraña como el estilo, supuestos reformadores exponían, en prosa ó en verso, sus planes de mejoras políticas ó sociales. Todos prometían maravillas que no habían de costar casi nada; todos se comprometían á substituir un numerario que empezaba á ocultarse con un papel moneda que iba á enriquecer á todo el mundo; todos tenían medios nuevos para transformar las relaciones entre patronos y obreros. Ninguno dudaba que el pueblo francés, al hacer la revolución de Febrero, se había colocado en el primer rango en la civilización. Con las mociones más inicuas ó más ineptas se mezclaban á veces los más conmovedores llamamientos á la fraternidad. Se copiaban con frecuencia máximas del Evangelio; se anunciaba *el reino de Cristo*; se recordaban las palabras del Apóstol: *Amaos unos á otros*; se llamaba á Jesús el *Proletario de Nazareth*, y no faltaba quien viese en Él al precursor de la República. A veces el clero, no menos encantado que sorprendido, sonreía con complacencia á este lenguaje inusitado. Al mismo tiempo que los carteles, los periódicos, libres de toda traba, se multiplicaban á profusión, y, mañana y tarde, bandadas de vendedores recorrían la ciudad, variando hasta el infinito sus gritos y sus trajes para llamar la atención. El mismo gobierno residía menos en el Hotel de Ville que en la plaza pública. Durante todo el día se sucedían las comisiones, y se las veía de continuo desembocar en la plaza de Grève, agrupadas en torno de sus banderas ó estandartes y cantando la *Marsellesa*. Demócratas belgas ó polacos, cartistas ingleses, condecorados de Julio, heridos de Febrero, detenidos políticos, obreros de los diferentes gremios, miembros de la sociedad de escritores, alumnos de los liceos, estudiantes de las escuelas, delegados de las logias masónicas, todos á porfía ofrecían al nuevo poder sus felicitaciones ó solicitaban su apoyo. Lamartine, como un actor predilecto del público, se asomaba á una de las ventanas del palacio y arengaba á las principales comisiones; sus colegas se encargaban de despachar á las demás. Se acudía al gobierno para las cosas más diversas, como si su poder y autoridad no hubiesen tenido límites. Los refugiados polacos pedían la reconstitución de su patria; los condecorados de Julio se indignaban de que la imagen de Luis Felipe continuase grabada en sus medallas; las costureras reclamaban la supresión del trabajo en las cárceles; los delegados del comercio de caldos solicitaban la supresión del ejercicio á domicilio; las placeras denunciaban á sus inspectores pidiendo su substitución; los canteros se sublevaban contra el trabajo á destajo; los estudiantes de la Escuela de medicina querían elegir ellos mismos su decano; los alum-

nos de la Escuela de Alfort reivindicaban el derecho de llevar espada; los alumnos de los liceos aspiraban á aprender la historia de la Revolución francesa y á ser instruidos en el manejo de las armas (1). Se pasaban los días escuchando estas peticiones, á veces justas y generosas, pero casi siempre pueriles ó inicuas, inoportunas ó irrealizables. Con esa facilidad de promesa, propia de los poderes nacies, los nuevos dictadores procuraban no destruir ninguna esperanza; y quizá eran más sinceros de lo que se creía, pues hay personas que se emborrachan hablando. Todo se convertía en pretexto para alguna manifestación. El 27 de febrero, el gobierno proclamó la República en la plaza de la Bastilla. El 2 de marzo, largas columnas populares se dirigían hacia Saint-Mandé para rendir un tributo á la memoria de Armando Carrel, que tenía allí su tumba. El 4 de marzo, las exequias de las víctimas de la insurrección daban lugar á una nueva ceremonia. A todas horas se formaban grupos en las esquinas; cortejos diversos cruzaban los bulevares cantando cantos tenidos hasta hacía poco por sediciosos; muchos oradores peroraban al aire libre; publicistas excéntricos distribuían á los transeuntes sus propios libros; fuegos artificiales, retretas con antorchas, iluminaciones improvisadas hacían durar hasta muy avanzada la noche las agitaciones del día; y el espectáculo de aquella muchedumbre ruidosa parecía á la mayor parte de las gentes más pintoresco que inquietante.

Así vivió durante quince días aquel pueblo, á la vez contento y embarazado de su victoria, fluctuando entre las resoluciones violentas y magnánimas, prestando oído á todas las promesas que acariciaban su credulidad, embriagándose con las frases sonoras que le prodigaban, buscando en manifestaciones casi pueriles la ocupación de sus ocios. Las consecuencias de las faltas cometidas no se manifestaban aún en toda su extensión. Ya estaba paralizado el trabajo, pero aún no se sentía el aguijón de la miseria. Ya era escaso el numerario, pero aún no se medía la intensidad de la crisis. Ya fermentaban las pasiones, pero la guerra civil aún no era inminente. Antes de que las rivalidades, los odios y los sufrimientos se revelasen con toda su fuerza, parecía que la Providencia quería conceder algunos días á la indolencia y al olvido; días en que el pueblo, como un niño en tiempo de vacaciones, se regocijaba y aturdiría, sin temor al mañana; días en que hasta los malos designios se cubrían con la máscara de la generosidad; días en que los partidos se confundían antes de destrozarse mutuamente. Hasta las personas más ilustradas se abandonaban, como la muchedumbre, á aquella pasajera quietud, ya porque, á pesar de su perspicacia, participasen de la ilusión común, ya porque, no participando de ella, no quisiesen turbar un sueño que había de concluir harto pronto.

IV

Una circular de Ledru-Rollín vino á romper aquella tregua de los partidos.

En la distribución de los grandes empleos públicos, Ledru-Rollín había recibido, como queda dicho, el mi-

(1) Véase el *Monitor* de 1848, marzo y abril.

nisterio del Interior, y había tomado de secretario general un abogado ya célebre, Julio Favre: Elías Regnault, periodista de la Sartha, era el jefe del gabinete ministerial, y Carteret desempeñaba el cargo de la dirección de Seguridad. Ayudado de estos colaboradores, Ledru-Rollín puso manos á la obra, empezando por reemplazar los prefectos y subprefectos de la monarquía con comisarios y subcomisarios imbuídos del espíritu nuevo. Hecho esto, se aplicaron á preparar las próximas elecciones. Un decreto de 5 de marzo había conferido á todos los franceses que hubiesen cumplido veintidós años y no estuviesen marcados «con el sello de la indignidad» el derecho electoral: las elecciones para la Asamblea constituyente estaban fijadas para el 9 de abril.

Lejos de regocijarse por el triunfo del sufragio universal, que colmó de alegría á los republicanos de la escuela parlamentaria y liberal, los republicanos de la escuela autoritaria ó jacobina temían que la nación, aún no libre de las influencias realistas ó religiosas, concudiese al triunfo de sus enemigos. De ahí, al decir del partido radical, la necesidad de aplazar las elecciones ó al menos de ejercer presión sobre los electores.

Era preciso que tales miras encontrasen en el gobierno un confidente y un cómplice, y se pensó en Ledru-Rollín, quien en su afición á las tradiciones revolucionarias desdeñaba los escrúpulos liberales de sus colegas. Además, la debilidad de su carácter, contrastando con la intemperancia de su lenguaje, le entregaba sin defensa á los consejeros oficiosos. Los republicanos radicales no tardaron en empujarlo fuera de las vías de la moderación.

Dos veces, desde su subida al poder, Ledru-Rollín se había puesto en relación con sus subordinados. El 8 de marzo se había dirigido á los comisarios, y sus instrucciones, redactadas por la pluma elegante de Julio Favre, habían revestido una forma correcta y moderada. El día siguiente, 9 de marzo, el ministro se había dirigido á los alcaldes, y su lenguaje no había sido menos sensato. Tres días después, cediendo sin duda á las influencias que no cesaban de asediario, cambió completamente de actitud. Una tercera circular á los comisarios, publicada en el *Monitor* del 12 de marzo, era como el manifiesto de la República jacobina.

«...¿Cuáles son vuestros poderes?, decía el ministro á los comisarios. *Son ilimitados*. Agentes de una autoridad revolucionaria, sois revolucionarios también. La victoria del pueblo os ha impuesto el mandato de hacer proclamar y consolidar su obra...; hay que confiar todas las funciones públicas á hombres seguros y simpáticos...»

Por consiguiente, el ministro recomienda á sus agentes que cambien en todas partes las autoridades administrativas, los alcaldes y los tenientes de alcalde y que disuelvan si es preciso los consejos municipales hostiles. «En vuestras relaciones con los jefes militares, continúa el ministro, ejercéis los poderes de la autoridad ejecutiva; la fuerza armada se halla, pues, á vuestras órdenes... En cuanto á la magistratura inamovible, la vigilaréis, y si alguno de sus miembros se muestra públicamente hostil, podréis usar del derecho de suspensión que os confiere vuestra autoridad soberana.»

Pero el principal objeto de la circular de Ledru-